

EL BARDO.

REVISTA DE LITERATURA, MODAS Y TEATROS.

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes, al precio de 4 rs., tanto en la Capital como fuera de ella.

10 de Noviembre 1859.

Se suscribe en la Administración, calle de Elvira, núm. 14, donde se dirigirán las reclamaciones.

DIRECTOR PROPIETARIO.

D. Juan A. Gutierrez de Torar.

Colaboradores.

Sres. Abad, D. Rosendo.
Aguado, D. Pantaleon Martin.
Alvarez, D. Mariano.

Sres. Barthe, D. Luis, Madrid.
Belver, D. Juan, Granada.
Cánovas, D. José Maria.
Sta. Cánovas, Doña Aurora.
Sres. Carbajal, D. Vicente M., Madrid.
Espadas y Cárdenas, D. José.
Estéban de Góngora, D. Mariano.
Espinosa, D. Cristobal.
Fernandez-Delgado, D. Santiago.
Fernandez y Rodriguez, D. Antonio, Madrid.
Sta. Franco, Doña Ana.
Sres. Gomez, D. José Maria.
Gonzalez Garbin, D. Antonio.
Guevara, D. Pedro.
Lopez, D. Joaquin Maria.

Sres. Lopez Vazquez, D. Ricardo.
Lopez Vela, D. Cristobal.
Massa, D. Domingo.
Molina, D. Gaspar.
Muller, D. Victoriano M., Madrid.
P. y Delgado, D. Luis.
Rada y Delgado, D. Juan, Madrid.
Rodriguez y Garcia, D. Francisco, Madrid.
Ros, D. Marcelino.
Rubio, D. Antonio.
Sagredo, D. Ignacio Gil de
Simonet, D. Francisco J., Madrid.
Tamarit Ponce, D. Rafael.
Vidal, D. Cristobal, Madrid.
Srio. de la redaccion, D. Diego Vidal.

SUMARIO.

Estudios médico-filosóficos, por D. Cristóbal Espinosa. — *Su balcon*, por D. Juan A. Gutierrez de Torar. — *El dia de difuntos*, por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado. — *Emilio* (continuacion), por D. Diego Vidal. — *A S. M. la Reina*, poesia, por Doña Ana Maria Franco. — *A la memoria de mi Madre*, elegía, por D. Joaquin Maria Lopez. — *A la Virgen*, soneto, por D. Hermenegildo Calleja.

ESTUDIOS MÉDICO-FILOSÓFICOS.

DE LAS ALUCINACIONES.

Ojeada general sobre la marcha de la humanidad.

La humanidad marcha, un noble instinto la dirige.
VICTOR HUGO.

El mundo salia del caos. Las grandes afinidades de la naturaleza amorfa aprosimaban los elementos plásticos para dar contornos a la materia que debiera formar el inmenso planeta. El globo adquiriendo por un trabajo de misteriosa composicion, su forma definitiva, era dirigido por el espíritu de Dios, que sonreía al esplendente espectáculo de la creacion.

Prepárase despues el gran cortejo de la existencia, todos los elementos precursores palpitaban bajo el in-

flujo de una accion molecular en el órden inorgánico, bajo una secreta incubacion vital en el órden gerárquico de la organizacion. En este magnífico crepúsculo de la gracia, el Sol levantaba su encendido disco sobre el horizonte, el cielo se ostentaba de azul purísimo, apenas sembrado por la bruma caliginosa que en algunos espacios se elevaban sobre la atmósfera. La tierra cubierta de hermosa vegetacion ofrecia un aspecto encantador. Era el virgen regazo de la naturaleza.... El lecho sagrado de la gracia.... La cándida manifestacion de la omnipotencia divina.... Era el Edem.

Razas de animales desunidas, árboles de gallarda corpulencia se alzaban magestuosamente sobre el valle cuyas cercanas rocas vestia el pardo musgo ó esmaltaba el florido césped. Todo se hallaba preparado por la sacra mano de la Providencia, para reunir el producto mas sublime de la ereacion.... Al HOMBRE. Ese poderoso ser, eminentemente sincrético, misterioso cosmos á quien anima el fuego de la divinidad llevando sobre su frente la luz del pensamiento, alimentada por la llama inmortal de la inteligencia.

Severos partidarios de la mas esclarecida ortodoxia poseemos la biblica creencia del estado de pureza de la primera humanidad, pero roto el hilo invisible de la gracia divina, esta humanidad se halla destinada á reconquistar su redencion por medio de un trabajo constante de progreso y perfeccionamiento, marchando hácia el bien sumo en alas de la civilizacion, hasta perderse como objeto final de sus inspiraciones en el seno de la misma Providencia.

La humanidad, pues, en esta interesante peregrinacion, en esta importante obra de desarroyo y progreso, reclama largos períodos de descanso donde poder desenvolver su civilizacion, como la tribu nómada que se sienta á reposar patriarcalmente á la sombra de

la augusta palmera, hija del desierto. La historia, madre del saber, arca santa de todos los acontecimientos revela tan eterna verdad en su imperturbable narración y marca la huella monumental que la humanidad va dejando, ora en los largos espacios de reposo, ora en el azaroso paso de su trabajosa existencia.

Pues bien, en las regiones mas apartadas del Asia, en los confines mas recónditos del mundo, donde la naturaleza aparecía mas galana, bajo el magnífico pabellón del firmamento, sirviéndole de inmenso pedestal las mas gigantescas montañas, cubiertas de diferentes zonas, de hermosa vegetación, donde el suelo jamás hollado de la madre tierra se hallaba alfombrado de preciosos matices, allí diz que apareció la humanidad revolviéndose perezosa como al despertar del sueño de la primera creación, inundando sus ojos de la clara luz del éter, sus oídos de celestes armonías y todo su ser de regaladas sensaciones que embriagaban su existencia.

Muchos siglos de misteriosa incubación apenas bastaron para que la humanidad en estado de crisálida rompiera las naturales vestiduras, y se lanzara en alas de sus ardientes aspiraciones al revuelto torbellino de la multiplicidad social. Su larga infancia debiera ser unas veces inmóvil como el sueño de la inocencia, otras inquieta como las celestiales brisas que se mecían sobre su frente, otras pavorosas como la idea terrible del rayo, otras alegres como el melodioso canto de las aves, y siempre animada por el pensamiento supremo de Dios al cumplimiento de sus destinos providenciales.

Así es, que se desarroya de una manera magestuosa con todos los atributos de una civilización mística y simbólica, una civilización tan fecunda en extrañas concepciones como la pudiera producir la imaginación antojadiza de la infancia, de esta primera manifestación social de la primera humanidad. Magnífica alucinación general de esta edad de los pueblos que revela de una manera inequívoca el sentimiento instintivo de Dios, desde las primeras alboradas de la existencia. Sublime pensamiento sobre-humano, que da á conocer el espíritu invisible de la Providencia, que conduce á la gran familia humana por la senda de la moral al cumplimiento de sus altos destinos, ayudada del fuego de la fe sagrada que alienta y enardece el corazón, y de la razón que ilumina el difícil derrotero que conduce á la perfectibilidad inmortal.

(Se continuará)

Cristóbal Espinosa.

SU BALCON.

Páginas de mi diario.

Entre los numerosos balcones de las casas de Almería, existe uno cuyos hierros pintados de verde, por encima de los cuales asoman sus hojas algunos

rosales y tallos de azucenas, y cuya elegante cortina blanca le presta una apariencia tan pintoresca, tan nueva, tan original que es respecto á los demás de su clase, lo que una mujer coqueta, linda y vivaracha confundida en medio de una turba de feas, murmura-doras, flemáticas, mal vestidas, de esas que solo se ocupan en sus conversaciones del precio mas ó menos caro de los artículos de comestibles, ó bien de las habañas de sus fámulas.

Cuando paso por debajo de ese balcon y percibo las aromas de las flores que crecen en las macetas puestas en él, y veo el hechicero y pálido rostro de cierta muchacha, que con su *tambor* colocado sobre las rodillas, se entretiene bordando unas *puntas* para sus enaguas, entonces, aunque aquel día no sea yo de los *aliados* de Napoleon, me pongo mas contento que si me hubiese caído (que no me caerá) el premio gordo de la lotería.

Su balcon produce mas estragos en los corazones de los transeúntes, que una batería de cañones rayados, ó que una escuadra de navíos *ingleses*. (Traslado á mi sastre).

¡Cuántas noches me he detenido absorto en su calle, contemplando sus entreabiertas vidrieras, viendo la sombra de esa niña que cruzaba indiferente por su habitación, tal vez desvelada por sus amores, mientras que yo ¡miseró de mí! soliloquiaba dejándome llevar de mi entusiasmo, hasta que la inarmónica y destemplada voz del *sereno* me sacaba bruscamente de mis amorosas meditaciones!

¡Qué cuadros tan poéticos, tan dulces, tan tranquilos, divisaba allá en el fondo del estereoscopio de mi fantasía!

Yo me creía allí, al lado suyo, viviendo bajo el mismo techo, reclinando mi ardiente mejilla sobre sus hombros, estrechando su mano, blanca como el alabastro.... ah! yo me fingía todos esos ligeros detalles que pasan desapercibidos para los espíritus pequeños y para los corazones egoístas; pero que son un motivo constante de celosos cuidados y de sencillos placeres para dos criaturas que se comprendan y se amen!

Entretanto, tú dormirás indolentemente; quizás mañana, sin amor, por conveniencia tal vez, te casarás con el primero que le presente á tu padre esas tan apreciadas garantías metálicas, con algun estólido que no podrá comprender las poesías inéditas de tu alma, y empezará esa vida de prosa y de fastidio, olvidarás tus pobres macetas, y al par que sus flores se marchiten, se agostará tambien tu corazón; y uno de tus quehaceres mas importantes, será planchar ó hacer que planchen el gorro de dormir de tu marido!

¡Oh profanación! ¡Oh ignominia! ¡Oh vergüenza!

Acaso pases luego á mi lado del brazo de tu *señor* esposo, con tus niños que irán saltando delante de tí y el perrito faldero que me roba tus caricias, sin dignarte fijar tu mirada sobre tu eterno trovador; acaso me saludes friamente con un « *beso á V. la mano* » al que yo contestaré, haciendo una genuflectión diplomática, diciéndote un « *á los pies de V.* » de reglamento.

Todo cambia, todo pasa, todo perece; vendrá quizás un alcalde que crea es muy conveniente para el ornato público, ensanchar la calle, y una de las primeras medidas que adoptará, será derribar la casa que tú habitabas y el balcon desaparecerá, y cuando yo

dirija mis ojos al sitio en que ahora te veo, niña mía, podré esclamar con el poeta:

Estos, Fábío, ¡ay dolor! que ves ahora
Esparcidos escombros de una casa,
Fueron un tiempo el sosegado albergue
De la muger que el corazón me abraza.

Adios, pues, cómodo observatorio de mi hermosura, parodiado pensil de los babilónicos jardines, atalaya de su morada, baluarte de sus ojos; plegue al cielo que jamás te veas privado de tu verde follaje y que no llares nunca la atención reformadora de los almerienses municipios.

Juan A. Gutierrez de Tovar.

EL DIA DE DIFUNTOS.

Dedicado á mi hermano.

Querido Fábío: es el día 2 de Noviembre: acabo de bajar del cementerio con el corazón oprimido por el dolor.

He rezado sobre una sepultura querida, que encierra los restos de nuestro desgraciado hermano, y puesto sobre su tumba, al lado de la que le dedicaron nuestros padres, dos coronas de siempre-vivas. Nuestro hermano dejó en el mundo dos hermanos.

Te escribo porque necesito dar alivio al peso que, como la losa de un sepulcro, prensa mi pecho y agolpa el llanto á mis ojos, que sin embargo no corre, porque el dolor que se concentra no tiene lágrimas.

Yo sufro mucho sin derramarlas; pero me alegro. Si llorase, ya no sufriría. El dolor que llora deja de serlo. Es una noche que se deshace en lluvia para dejar el cielo tranquilo y despejado. Y yo que amo el dolor porque él me enlaza á los seres que he perdido, soy avaro de él y sentiría verter una lágrima.

Y sin embargo, las lágrimas alivian al que sufre. Son un bálsamo de consuelo: es verdad; pero como el dolor que se consuela disminuye, y al disminuir el dolor nuevas ideas vienen á sustituir al recuerdo de los seres perdidos, yo no me quiero consolar, porque del consuelo al olvido hay poca distancia en este mundo, y nunca me perdonaría olvidar á los que tanto amé.

Vengo del cementerio, de esa gran ciudad de los muertos, á donde solo se acuerdan de subir los vivos un día, para dejarla manchada con sus liviandades.

Porque para una lágrima de pesar verdadero que allí se derrama, hay multitud de ellas de dolor convencional.

Y á través de aquellas lágrimas, una mentira que se revela en la sonrisa indiscreta que se dirige al amante ó al amigo....

He visto á una muger hermosa de rostro, colgando una corona de flores en el nicho de su marido, corona que le alargaba sonriendo un apuesto mancebo de 26 años, que al darle el fúnebre recuerdo estrechó su mano. Sería ilusión, porque ya sabes que suelo

soñar despierto como pensar dormido, pero me pareció oír crugido de huesos dentro del nicho, como si el cadáver se revolviera bajo el sudario.

Y no fué en uno solo donde igual ó parecida escena se representaba....

¡Dichosos los que mueren en el Señor!

Te he hablado de nichos, porque la ilustración de nuestro siglo ha descubierto que *caben mas muertos* de este modo, que entregándolos á la tierra de donde nacieron. Así nuestros cementerios se parecen mas á una anacalería de piedras con difuntos, que á un lugar de sublime recuerdo por los que fueron.

Los hombres lo habrán hecho así porque habrán querido prepararle también su *bazar* á la muerte. Pero todo tiene sus ventajas: de este modo el anticuario al ver nuestros sepulcros podrá recordar las *columbarium* de los Romanos, y hé ahí un gran servicio prestado por nuestras anacalerías sepulcrales.

Verdad que aquellos los hacían solo para una familia, deseosos de estar unidos en muerte como en vida. Nosotros hacemos mas; reunimos unos sobre otros los amigos y los enemigos, los restos de la virtud con los despojos del vicio.... Pero es verdad que la muerte es la mayor niveladora de la Creación, y no habremos querido significar con esos inmensos *columbarium*.... Siempre y en todo filosofía, profundidad de miras. — Es verdad.... no lo había comprendido.

No sé porqué, pero en las varias facetas de mi pesar, me convierto en censor de lo que sin duda no comprendo. Y es, que yo creo que el dolor huye las reglas del arte.

Y por eso me saturó de tanto pesar en el Cementerio de la aldea, y me punzan con espinas el corazón en el Cementerio *artístico y á cordel, de la Capital*.

Buscaba nuestra tumba querida. Al pasar cerca de ella, no sé que fuerza interior me contuvo. Me volví y estaba allí.

¿Me llamaba mi hermano?... No lo sé.... solo sé que quise arrodillarme y besar su losa, y que uno que me observaba me dijo:

—Se van á reír de V., y van á creer afectación su dolor....

—Es verdad, tan acostumbrados estamos en el mundo á ver siempre la máscara, que ya nadie puede distinguir la faz verdadera.

Mas allá había un hombre cubriendo con ramos de flores vivas que sembraba en el suelo, un pequeño recinto como de dos pies.

Era un padre de un niño de diez meses que allí descansaba.

Me pareció ver que caían lágrimas de sus ojos, y que las flores, al recibirlas brotaban nuevas flores. Pero eran flores amarillas, flores del cementerio, las flores que brotan del río del dolor....

Unos niños pasaron corriendo con su angelical indiferencia por delante de mí. En el suelo había sola, sin luces, sin inscripciones, como caída al acaso, una corona mal tejida por manos poco artistas: aquellos niños se pararon y dijeron:

—Mira que sola. — y quizá por la primera vez de su vida, se fijaron y estuvieron contemplando silenciosos algunos instantes.

¿Qué pensamientos cruzarían por aquellas infan-

tiles cabezas? No puedo sospecharlo, pero su silencio fué muy elocuente.

Estaban recibiendo en aquellos momentos la primera noción de la verdad. Estaban viendo lo que nadie veía al pasar en el torbellino con que la gente acude á los cementerios. Una corona deshecha por los pies de los que pasaban, sobre un sepulcro sin nombre.

Una muger, sin embargo, sentada en el suelo contemplaba á aquellos dos niños. De los ojos de uno de ellos brotó una lágrima, y la muger lo abrazó en silencio, al mismo tiempo que arreglaba cuidadosa la corona, que había roto la bota de charol de un elegante. Aquella muger era muy pobre. No lloraba. Por eso la miré con simpatía. Allí debía reposar su hijo...

Pero ¿qué insondable en su locura es nuestro corazón! Amo al que no llora por avaricia de pesar, y me detengo á ver lo que me rodea. Ante una tumba querida miro siquiera á mi alrededor. — Ó estoy loco ó no soy digno de la sublime fruición del sentimiento.

Pero es que buscaba pesares á mi lado.

¡Estaba escuchando tantas risas!

Olvidaba que es *dia de difuntos*, y que el *Prado* se traslada hoy á los cementerios.

Para orar en ellos es necesario venir solo.

Mañana, ni aun se acordarán del ser á quien fueron á poner flores el día anterior.

Pero ¿qué diría el mundo si no les hubieran puesto guirnaldas y coronas?

¿Pues no son en recuerdo del que allí descansa?

¡Ah! sí, es verdad: lo olvidaba....

Adios, adios, hermano mio: mañana cuando el ángel del Señor baje á la ciudad de los muertos y torne al cielo despues de purificarla de las profanaciones de los vivos, volveré solo á orar en la tumba de nuestro hermano. Otro ser querido que bebió la vida del mismo seno, ¡bendito sea! que nosotros, descansa lejos con el fruto primero de su amor. Mi corazón quisiera rezar en ambas tumbas sus oraciones, y arrojar su flor amarilla. Pero la distancia la separa.

Sin embargo, yo las veo unidas en el cielo y en mi corazón.

Adios, adios, mi *único* hermano. Siento cada vez mas agolparse el llanto á mis ojos, y si te siguiera escribiendo quizá caerían mis lágrimas sobre el papel.

No, no quiero perder una sola; amo mi dolor, porque mi dolor guarda los seres que perdí.

Adios, quiera el Señor que alguna vez, podamos alzar por ellos nuestras plegarias abrazados sobre sus sepulcros.

J. de Dios de la Rada y Delgado.

Madrid — 59.

EMILIO.

(Continuación.)

Entre las doce y la una es la hora de mas animación. Las encubiertas embroman á todo el mundo: unos se alegran, otros quedan pensativos. Este huye de la máscara del domo blanco para conocer á la

del negro: aquel se entretiene en cortar una malva del ramo que lleva en la mano la chica rubia con quien habla. Cada cual, en fin, lleva su idea; cada cual busca los medios para realizarla. Un baile de máscaras es una babilonia.

Aquí pudiérase copiar exactamente las escenas que otros han pintado en casos semejantes. En los bailes ocurren siempre, con poca diferencia, los mismos acontecimientos. Un amante encuentra á su adorada Venus en mútuo entretenimiento con un jóven conocido suyo; esto sorprende al cándido mancebo, pues la creía durmiendo muy tranquila. Allí otra *Aurora abandonada* sigue los pasos del que fué su amante, para saber cual es su rival; orgullo de la muger!

Un hombre observador, con la sangre fría del desengaño y la calma del tedio, puede descubrir mucho y penetrar en misterios muy ocultos. De una insignificante conversacion puede crear una novela: de una mirada correspondida puede escribir un capítulo.

VI.

Entra en el salon el jóven Emilio que ya conocen nuestros lectores. Al momento se le acerca un mozo y recoge su capa y sombrero. Dirigese en seguida al ambigü y se bautiza el estómago, antes de ponerse en baile, con un par de copas de rom. Ya dirige su insolente mirada sobre la multitud de niñas que vagan bulliciosas por todas partes. Muchas se fijan en él; pero otras rehuyen su vista y su presencia, ya por rubor, ya por remordimientos de haber en otro tiempo escuchado sus protestas de amor.

Por algunos minutos estuvo impasible junto á una columna, atrayendo la atención de las hembras, que no conocen las espinas con que brinda su aparente donaire. No se podría negar que Emilio era en el salon el elegante por excelencia. Se confunde con intencion entre las máscaras, y favorecido por el bullicio y los efectos que hacia el licor en los curiosos, se aprosimó á una bellísima jóven que paseaba del brazo de otra máscara. Es fama que se cruzaron estas palabras:

— Hermosa Eugènia, te buscaba impaciente; vengo decidido á complacerte en todo. ¿Quieres bailar?

— No... no puede ser.... dijo Eugenia ruborizada.

— No puede ser?... Ya comprendo... tu mamá... pero, en fin, hermosa mia: ¿Realizamos nuestro plan?

Eugenia no contesto. Niña inocente como la sonrisa de un ángel y pura y sencilla como la hoja de una blanca rosa, sintió sobre su corazón el sofocante peso del huracán, y posarse en su mente las seductoras gasas de la ilusion. Eugenia, ni veía, ni sentía, ni comprendía. Su espíritu se nubló: solo el corazón latía velozmente dentro del pecho.

Emilio aprovechándose del silencio y la turbacion de la jóven, dijo al oido de esta: «no faltes, Eugenia, dentro de media hora en el tocador de las señoras... te lo ruego con toda la efusion de mi alma!»

Y despues, dirigiéndose á la otra máscara, le dijo muy quedo: «sin falta á la una te espero con ella» y desapareció.

Las madres abandonan á los pedazos de su cora-

zon, á sus hijas, en el borde de un precipicio: ciegas por la ilusion y la inocencia, no miden el peligro que las amenaza, posan su planta en el vacio y entregan sus brazos al viento, volando sin guia hasta estrellarse en la roca del deshonor, del desengaño y de la muerte. La riqueza de la muger está en el corazon: si se vierte una gota de veneno sobre él, estallará. Miradla despues y no vereis ya á la muger de una pureza virgen, sino á una sombra, á un espectro cuyos ojos han perdido su brillo, cuyos labios su carmin, cuyas megillas su fuego.

VII.

Emilio salió del Licéo; no sabemos todavía que intentará. Para dar tiempo á que vuelva, entremos en el ambigú y hablemos un rato sobre las viandas del célebre Mr. Frasset Pepet. Todas las mesas están ocupadas.

—Mozo!...

—Rom!...

—Chuletas!...

—Jamón!...

—Pan!...

—Vino!...

—Agua!... Trae un vaso de agua!...

—Aquí hace falta un cubierto!...

—Café!

Estas y otras á este tenor son las palabras que se escuchan confusamente en la repostería.

—La cuenta!... mozo... la cuenta!

—Voy allá. Son... sesenta reales.

—Sesenta reales pagados.

Seguramente que los que estuvieron en la mesa, levantáronse con mas apetito que se sentaron; pero quien piensa en eso en una noche de baile!... el objeto es beber y derrochar el dinero.

Todo es placer en esta noche; nadie piensa mas que en divertirse; todos olvidan los motivos que tenían para suspirar.

Cuatro horas que pasan como si la materia se hallase adormecida en un ligero sueño de ventura; cuatro horas en que el narcótico del olvido entorpece con sus vapores nuestra imaginacion.

Y despues de estas cuatro horas ¿que queda en el corazon? Nada que conserve la felicidad: mucho que aumente nuestra melancolia.

Gozosos en la esperanza, buscamos el porvenir: fastidiados palpamos la nada del presente; y tristes suspiramos por el pasado. La imaginacion pinta con colores del cielo lo que anhelamos; si se logra lo veremos desnudo de lo bello, que es la ilusion; desaparece la ilusion y nos gozamos en verla disiparse en los abismos del tiempo.

El espíritu y la materia son enemigos intransigibles.

La guerra civil se encarna hasta en nuestra misma ecsistencia.

VIII.

Ante todo advertiremos al lector que la máscara que acompañaba á la inocente Eugenia era una amiga dispuesta siempre á complacer al seductor Emilio; agena á su corazon la conciencia, no se la-

mentaba jamás de las desgracias que procuraba á las jóvenes, objeto de los lascivos amores de un hombre pervertido cuyas sensaciones solo daban señales de vida cuando se entregaba al vicio, única ilusion que alimentaba su gastado pecho.

Convenidos de antemano Emilio y Beatriz, pues así se nombra la persona de que hablamos, sus planes arribaban felizmente á la costa de sus deseos.

Beatriz apenas hubo entrado en el salon, se dirigió á Eugenia y tomándola del brazo la separó de su familia; ésta creyó confiarla á una amiga y siguió descuidada y distraída entre el bullicio de la concurrencia.

Ya anteriormente hemos manifestado á nuestros lectores algunos antecedentes. Dejémosla entrar en el locador de las señoras, lugar de la cita, y escuchémos con atencion.

Acaba de sonar la una. Cubierta una máscara con un largo capuchon negro, se deslizó por detras de los aficionados que miraban atentos las parejas puestas en baile. Favorecido por esta distraccion, pudo evitar que notasen en su andar cierta torpeza extraña en las mugeres, que á haberlo observado hubiera hecho dudar si realmente era una muger, ó un hombre disfrazado.

Esta máscara entró en el salon de las señoras, donde encontró solamente á nuestras ya conocidas Eugenia y Beatriz. La última se retiró hasta la puerta de la habitacion; quedaron, por consiguiente, solos Eugenia y Emilio, que se habia disfrazado de muger para poder entrar con libertad en un departamento prohibido á los caballeros.

Levantó el joven la careta y se sentó al lado de la hermosa Eugenia. Como ya se deja comprender, estaba esta advertida de lo que debia ocurrir; por esta razon no se estrañó al ver á un hombre disfrazado y solo con ella, pues al contrario sintió latir su corazon como embriagado por las ilusorias ideas de un amor que juzgaba el encanto y la felicidad de la ecsistencia.

IX.

Ambos se habian levantado la careta. Sentado Emilio junto á su compañera, contemplaba con profundo éstasis su semblante divino y seductor.

Era Eugenia una de aquellas mugeres que no parecen nacidas en la tierra, un ángel celestial que admira á cuantos ojos se fijaran en ella. Resaltaban sobre su alabastrina blancura los hermosos colores que, como rosas de primavera, adornan sus megillas. El cabello y los ojos negros, y los delicados labios de carmin, daban á aquel semblante un grado admirable de hermosura, digno del pincel de Murillo.

Era imposible detener los latidos del corazon ante una muger que solo con su mirar hechizaba el alma y los sentidos.

Hasta los hombres educados en la escuela de Venus, se ruborizan al contemplar tan seductora figura, tan cándida sonrisa y tan dulce y candorosa mirada.

Aun absorto la miraba Emilio, pero preguntándose interiormente: —¿á qué he venido? se contestó dando principio á su plan.

Tomó la blanca y delicada mano de Eugenia y un estremecimiento convulsivo agitó su cuerpo. Arre-

batado la llevó á su corazon, y selló sus abrasantes labios en los labios divinos de la inocente niña.

—Cuanto te adoro.... Eugenia mia... dijo embriagado de placer Emilio.

La pobre jóven no sabía que contestar; su agitacion le robaba las ideas; solo sentia latir agitado su corazon.

—Mírame, ángel de mi existencia!... es tu mirar tan dulce y tan hermoso que derrama en mi pecho la felicidad.... ah!.... así á tu lado veria trascurrir mis días, sin pensar mas que en tí, sin separarme jamás de tus brazos. ¿No eres tú tambien feliz? No sientes en tu corazon las gratas delicias de un amor vehemente? Sí.... si las sientes.... los latidos de tu pecho lo están diciendo. Amame siempre como te amo, hermosa mia, por que la vida sin los encantos del amor es como un campo sin flores, como un cielo sin estrellas; es como un desierto sombrío do no hay brisas que embalsamen el ambiente, do solo vagan las sombras del silencio y la tristeza. Mueve tus divinos labios de coral para decirme que mis palabras resuenan en tu corazon sencillo y puro.... para decirme que tu amor es mio....

—Sí..... te amo, —dijo Eugeia enagenada por unas sensaciones que nunca se habian agitado en su pecho.

—Bendita seas!.... y otro beso estalló blandamente en los labios de ambos amantes. En seguida Emilio continuó.

—Pero en este sitio, Eugenia hermosa, puede sorprendernos tu papá, y eso seria para nosotros un golpe mortal, ¿Por qué, aprovechándonos de la distraccion, no salimos por unos instantes del Liceo?

—Ah!.... eso nó, porque si nos llegasen á ver....

—No es posible que nos vean; están bailando y todos agrupados al rededor del salon. Aprovechemos, Eugenia mia, esta ocasion, por que sino en cuanto concluyan empezarán á entrar señoras aquí y tendremos precisamente que separarnos. ¿No sentirias tan pronto dejar de hablarme?

—Si lo siento,.. tan solo á tu lado desearia estar...

—Pues bien; es la una y media; hasta las cuatro que concluye el baile tenemos tiempo de hablar; ven conmigo.... Beatriz nos acompañará.

—Ah!....

(Se continuará.)

Diego Vidal.

A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL SEGUNDA.

Por ti el guerrero de su hogar querido
corre al combate con heroico ardor.

GOMEZ DE AVELLANEDA.

Magnánima Isabel, Reyna clemente,
de dos mundos augusta Soberana;
la diadema Real que orla tu frente,
es el orgullo de la patria Hispana.

Hija de Reyes, de los pueblos madre,
heredera de glorias infinitas;
dejad Señora que se agite y ladre
esa turba de perros Ismaelitas.

Que si tu escudo en su fatal locura
atopellaron con feroz encono.
tal mancha lavará su sangre impura,
corriendo hasta las gradas de tu trono.

Y uniendo con la Cruz, tu escelso nombre
quien el valor cristiano pondrá á raya?
un leon invencible es cada hombre,
cada pecho español, una muralla.

Y tornará tu pabellon flotante
esento del borron que hoy le manchilla,
á tremolar cual le dejó triunfante
Doña Isabel, primera de Castilla.

Y si ella dió á sus hijos prez y gloria,
y ahogó del moro la sangrienta saña;
hoy nos dará laureles y victoria
la segunda Isabel, Reina de España.

Y elevará con generoso brio
bajo tu amparo la guerrera trompa,
en los altares del profeta impio,
la Santa Cruz de la Cristiana Europa.

Que si Colom llevó con fé sincera
la Católica enseña á opuesta orilla,
y bajo el nombre de Isabel primera
un nuevo mundo conquistó á Castilla;

Hoy bajo el cetro de Isabel segunda,
de fuego henchido el español valiente,
la luz de la verdad que al Orbe inunda,
irá á llevar á la africana gente.

Que si una Reina en memorable día
al ver empobrecido el Real tesoro,
para á cabo llevar una accion pia,
trocó sus joyas por contante oro;

Hoy otra Reina de entusiasmo llena
al ver partir sus hijos á campaña,
sueldo y alhajas, generosa y buena,
todo lo ofrece á su querida España.

¡ Gloria! Gloria á la egregia Soberana
que ha de estender con celo y heroismo,
en la bárbara tierra mahometana
la civilizacion y el cristianismo.

Con el nuevo estandarte bendecido,
de tu pródiga mano, régio don,
¿ qué ha de temer tu egército aguerrido,
si le ampara la perla de Sion?

Hija de Reyes, de los pueblos madre,
si el musulman sus hordas precipita,
dejad Señora que se agite y ladre,
cual feroz perro la nacion maldita.

Y añadiendo laureles á tu escudo,
tus triunfos cantan con acento lido,
y el mundo admire con respeto mudo,
á la nieta de Alfonso y Recaredo.

Ana Maria Franco.

Á LA MEMORIA

DE MI QUERIDISIMA MADRE

DOÑA JOSEFA PEREZ Y GARCIA. (1)

Yo quiero hablarte, sí, madre querida;
mi voz llevará el viento,
cruzando el firmamento,

(1) En el periódico político LA DISCUSION, han visto la luz pública algunos fragmentos de esta composicion que ahora publicamos íntegra. (N. de la R.)

y tú, compadecida
llorarás mi tormento.
¿ Quién se cuida en el mundo
para un dolor profundo
de prestar un consuelo?
¿ Quién oye los clamores
ni los tristes gemidos,
que en vuestro amargo duelo
lanzamos afligidos
ansiosos de calmar nuestros dolores?

Tú, madre de mi alma,
que mi llanto mil veces enjugaste
y que tanto pasaste
por llegar á legarme paz y calma,
enagenada escucharás mi canto.

Lo escribo y lo dedico á tu memoria
como tribulo de un deber muy santo.

¡Tengo en ello una gloria!
Mezclar al mundo en mi dolor no ansio:
es mas grande y sublime el afan mio.

Comprendo que eximirse nadie pueda
de llorar y sufrir. —Dice Espronceda—

¿ Quién no lleva escondido
un rayo de dolor dentro del pecho?
¿ Por cuál dichoso rostro no han corrido
lágrimas de amargura y de despecho?
¿ Quién no lleva en su alma,
¡ ah! por muy jóven y feliz que sea,
un penoso recuerdo, alguna idea,
que nublando su luz turba su calma?

El primero yo soy,
que al célebre escritor la razon doy;
mas ¡ ay! que en los pesares
clases se reconocen á millares,
que agotan la paciencia;
y exentos de ilusion y de esperanza,
para poder calmar nuestra dolencia
solo en la muerte está la bienandanza.

Desvelos maternos;
dulcísimas caricias;
néctar, cuyos efectos celestiales
eran trocar mis penas en delicias,
por compasion venid, yo os necesito,
se me desgarró el pecho,
en lágrimas desecho
brindadme vuestro bálsamo bendito.

Quimérica ilusion! no acudiréis!
moriste madre mia!
mis ojos no lloreis;
si es cruenta mi agonía
mas pronto el corazon destrozareis.

Solo ya en mi camino
á merced de la suerte y el destino,
podré bálsamo hallar para una herida
del corazon, por interés se entiende:
¡ un afecto del alma en esta vida,
se compra, como vemos, y se vende!
pero aquel dulce anhelo,
espontáneo, infinito,
emanacion del cielo,
no volveré á gozar, así está escrito!

Triunfasteis ya de mí, gozad pasiones,
miserias, desengaños;
el ángel tutelar que combatía
todas mis aflicciones,



y de escudo sirvió á mis pocos años,
lo separó de mí la muerte impía.
¡Madre del corazón! ¡con cuanta pena
mi existencia verás, de angustia llena!!
Tener una expansion anhelo en vano;
mis sufrimientos crueles relatar
no puedo por su origen;
y solamente en mi delirio insano,
el alma destrozarse
me es lícito, lo exigen
de mí fuerzas extrañas:
mi voz logran ahogar
haciéndome girones las entrañas.
¿No bastaba, gran Dios, arrebatarme
la flor de mi esperanza y alegría,
cuya grata y dulcísima ambrosía
de placer ya jamás ha de embriagarme,
para en llanto y dolores anegarme?
Era preciso acumular dolores
que su virtud probaran
y á mi mente con vívidos colores
sin cesar recordaran....?
sobraba al corazón y á la memoria
mi cariño y su amor. ¡Era mi gloria!

Yo recuerdo muy bien, madre querida,
tus besos de ternura,
cuya aroma me daba en esta vida
tan sin igual ventura!
Y recuerdo ¡ay dolor! cuando estasiada
mis lágrimas bebías,
estrechando en tu pecho mi cabeza.
De mis penas entonces lastimada,
en placer mi triteza
con mágico poder tu convertías!

Aun en sueños te veo
con afán incesante
contemplar mi semblante,
y adivinando mi menor deseo
con gozo delirante
llenarlo cariñosa,
y siempre, siempre en ocasión precisa,
pidiéndome gozosa,
en premio de tu afán, una sonrisa!

Aun tan noble te miro
que si en ratos felices te olvidaba,
ni el mas leve suspiro,
resentido, tu amor nunca exalaba!
Era un amor veráz, sin egoísmo,
que en mi dicha gozaba,
recompensado ó no del modo mismo:
era, repito, emanación del cielo
que no es común hallar en este suelo!

En el lecho postrada
y á mi filial cariño confiada,
ocultarme cuidabas tu quebranto
por enjugar el llanto,
que mis ojos vertían,
y con afán prolijo
tus labios me besaban y decían,
luchando del dolor con la violencia...
ya me siento mejor, no llores hijo!
¡Era primero yo que tu dolencia!

Cuando la muerte se acercó á tu lecho
me estrechaste convulsa contra el pecho,
y ya sintiendo vacilar la vida,

un beso y un *adios* bajos me diste
y con tierna mirada me digiste:
huye prenda querida.
Un momento después; mis labios nada
de aquel aliento tuyo percibían:
tus ojos no se abrían....
¡Te perdí para siempre, madre amada!

No mata el sentimiento, no, mentira;
si matara el dolor yo no ecstasiara.
Mi cabeza delira....
¡Llanto por compasión! ¡llorar quisiera!

La sociedad rechaza de su seno
al que ostenta en su faz melancolía!
Es preciso que ría:
á su ecstasíencia muéstrome obediente....
mas ¡ay! la risa sirve de veneno
á mi afligido corazón doliente.

Tú, madre, que llorando mi desgracia
escucharás mi canto,
á Dios pide la gracia
de mitigar piadoso mi quebranto;
y ya que en esta vida
he perdido la prenda mas querida
y vivo condenado á eterno duelo,
sé tú mi escudo, ¡oh madre! desde el cielo.

Joaquín María López.

A LA VIRGEN.

SONETO.

¿A quien mejor que á tí, Virgen Maria,
Modelo de virtud y de grandeza;
A quién mejor que á tí, Sol de belleza,
Dedicar puedo humilde mi poesía?

Tú eres, madre, mi amor, mi fantasía,
El bálsamo que calma mi tristeza:
Tú de este ser que su camino empieza
Serás piadosa la constante guía.

Por esto, pues, mi corazón ardiente
Entero te lo doy, Virgen querida,
Y ante tu escelsitud doblo mi frente.

Porque fuistes de Dios favorecida,
Fija en tu esclavo tu mirar doliente
Y admite el sacrificio de mi vida.

Hermenegildo Calleja.

Guadix.—Octubre 1859.

Director y Editor responsable,

Juan A. Gutierrez de Tovar.

ALMERIA.

IMPRENTA DE D. MARIANO ALVAREZ.